



Dr. Antonio Mateo Gutiérrez, Académico de Número de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid.

In memoriam del Ilmo. Dr. D José Rabadán Jiménez.

Necrológica pronunciada el día 19 de noviembre de 2021.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/aramcv.57.2022.303-318>

“Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida, como se viene la muerte
tan callando...”

Jorge Manrique A la muerte de su padre. Copla 1

Sr. Presidente de la Real Academia
Sras. y Srs. Académicos
Familiares del Dr. Rabadán
Distinguidos colegas
Señoras y señores

Subo a este atril nuevamente para rememorar a un compañero de Academia, recientemente fallecido. Es la octava ocasión que lo hago. En todas ellas he intentado comentar la vida y obra de personas que demostraron sobradamente su calidad humana, sus conocimientos médicos, su buen hacer profesional... y que terminaron su aventura vital con la consideración y respeto de cuantos les conocieron. Eminentes especialistas, Catedráticos de ramas médicas y quirúrgicas, profesionales reconocidos, compañeros todos y además... amigos.

En esta reunión de hoy debo glosar la figura de una persona en la que este último atributo, el de amigo, se antepone a los demás. Fue un gran amigo, mío por supuesto, pero también de muchos, presentes y ausentes de este Acto.

Efectivamente muchas almas dormidas despertamos de un mal sueño al conocer la noticia del fallecimiento del Ilmo. Sr. el doctor Don José Rabadán Jiménez. Pudimos contemplar lo rápido que se pasó su vida y lo rápida que se vino la muerte...tan callando.

Jorge Manrique escribió esta Elegía “A la muerte de su padre”, el maestro de Santiago, D. Rodrigo Manrique acaecida en 1476. Es una obra poética que, en su conjunto, habla de la vida, de la fama, de la fortuna y de la muerte. Fue escrita antes del descubrimiento de América y sin embargo nos sigue pareciendo actual, y en mi opinión, muy oportuna para reflexionar en discursos como el que hoy debo pronunciar.

Unos versos más adelante del citado poema, en la copla III, se nos dice: “Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir, Allí van los señoríos derechos a se acabar e consumir; Allí los ríos caudales, allí los otros medianos, y más chicos. Allegados, son iguales los que viven por sus manos y los ricos...”.

Esta última estrofa viene a recordarnos que, ante el hecho igualitario de la muerte, despojados de honores, títulos y riquezas mundanas, volveremos todos a la misma tierra de la que, según el Génesis, procedemos: “*Memento homo quia pulvis est et in pulverem reverteris...*” Recuerda hombre que polvo eres y al polvo volverás...” Iguales ante la muerte, aunque la Eternidad pueda depararnos destinos diferentes.

Y a propósito de destinos eternos y diferentes, me parece oportuno complementar las Coplas de Manrique con algunos pasajes del evangelio de San Mateo 25:34-46 en el que se recogen las palabras de Jesús de Nazaret: “Venid, benditos de mi padre, porque estuve enfermo y me visitasteis”. Y a la pregunta de quienes le escuchaban: “Señor, ¿cuándo te vimos enfermo y te visitamos?”. Jesús respondiera: “En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos hermanos míos, a mi me lo hicisteis...”.

El Dr. José Rabadán, Miembro destacado de esta Real Academia y al que hoy tristemente recordamos, dio de comer al hambriento, de beber al sediento y vistió al desnudo pero lo de visitar, lo que se dice visitar a los enfermos, a sus numerosos enfermos, lo cumplió con creces. Su paso terrenal no fue otra cosa que una demostración de su amor al ser humano, y muy especialmente al enfermo.

Aquel 11 de Abril del presente año, Pepe Rabadán acudió a la llamada. Quiero creer, pues profesamos la misma Fé, que fue presentado al Padre Celestial y colocado a su derecha, en el lugar de los elegidos, en el lugar de

los premiados por haber cumplido fielmente su trabajo terrenal de curar con sus manos de cirujano, aplicando los saberes que atesoraba, curar con esas manos a las que pudo referirse Manrique cuando escribiera:” Allegados son iguales los que viven por sus manos y los ricos...” Las manos de ese obrero “de la divina mies” que fuera Pepe Rabadán acariciaron, estrecharon, golpearon cariñosamente a personas que acudieron a él buscando el remedio de sus males. Y cuando el remedio fue posible, esas manos fueron la herramienta sublime para extirpar y recomponer las partes del cuerpo dañadas. Si,.. no fueron manos de rico, aunque viviera de ellas.

San Juan de la Cruz había escrito:” al atardecer de tu vida te examinarás del amor...”, del amor..., de esa palabra en la que se resumen los 10 mandamientos de la fê cristiana: “Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo”.

Los que le conocimos sabemos que cumplió ambos cometidos. Amó al Señor, su Dios, con su entrega, con su ejemplo, con su oración callada en su Misa diaria, y como dijera San Juan Pablo II, “haciéndose grande, cuando se arrodillaba ante El”. En su caso doblemente grande al ser portador de una afección reumática crónica, de la que apenas se quejaba, que le dificultaba muchos movimientos y, entre ellos, la genuflexión.

Y amó al prójimo con una intensidad poco frecuente, con una entrega al enfermo que se podría calificar de sobrenatural: “Ven, bendito de mi Padre, porque estuve enfermo y me visitaste” ... Sí... la muerte nos iguala, pero la recompensa nos diferencia...

Amó con ternura a su prójimo, a esos prójimos enfermos que nunca fueron para él un numero de historia sino, al contrario, historias vivientes y sufrientes a las que intentó siempre dar un final feliz.

Para él no había festivos si la situación de un paciente o la evolución de la enfermedad requerían su presencia. O simplemente su consejo: En mi caso personal, (permítanme que lo cuente..) aquel Julio de 2005, encontrándose él en Sevilla de vacaciones, atendió mi llamada a las 4 de la mañana para escuchar los síntomas y la angustia de mi propia enfermedad. Y seguí sus recomendaciones... Cuando llegué al hospital había contactado telefónicamente con los compañeros que debían atender mi caso, facilitándome el ingreso y la realización de pruebas que confirmaran su diagnóstico que por supuesto resultó acertado.

Debo esta prórroga de mi vida a la voluntad de Dios, a los cirujanos que me operaron y a los sanitarios que me atendieron, pero también y en gran parte, a su intervención tan distante, pero para mí tan próxima... Le debo

eterna gratitud no solo por esto sino también por aquel domingo en el que tuvo que diagnosticar la oclusión intestinal de mi esposa y su sabia decisión al intervenirla, liberando el asa yeyunal adherida y comprometida sin necesidad de resección. Si, le debemos eterna gratitud en mi familia por la resolución de estos percances y algunos otros más en los que su actuación fuera decisiva. De alguna manera el Dr. Rabadán era nuestro cirujano de cabecera y no solo nuestro, sino también de muchas otras familias de las que hoy tenemos en este Acto una amplia representación.

Y es que Pepe Rabadán fue un clínico experimentado, muy exigente en las indicaciones operatorias pues sentía un gran respeto por el hecho de que un paciente pusiera la vida en sus manos. Y si había que operar era porque no existiera otra alternativa y la solución se vislumbrara posible. Siempre elegía la operación más simple que pudiera resolver el caso. Su pensamiento nunca estuvo en alardear de su capacidad para realizar la última intervención, la mas difícil o la más innovadora, sino en elegir la mínima actuación eficaz entre todas las posibles... Aplicaba la famosa sentencia anglosajona de que “la solución más sencilla es habitualmente la mejor solución”.

No era hombre necesitado de estadísticas o grandes series de operaciones que agrandaran su curriculum. Fue, al contrario, hombre de resultados, de curaciones y en todo caso de consuelos y, cuando sus manos no actuaban, era su palabra la que servía para dar ánimos o quitar importancia, según los casos, incluso cuando era consciente del mal pronóstico de ciertas enfermedades que debió tratar.

Y como prójimos muy amados citaré también a las personas con las que compartió su trabajo hospitalario, me refiero a los médicos, a las enfermeras de quirófanos en general y a aquel inolvidable grupo,” las chicas de Sor Trini” en particular, cuya profesionalidad todos recordamos y agradecemos. Del mismo modo siempre trató con cariño a los profesionales de enfermería de su planta, a los administrativos, auxiliares de clínica, celadores... El Dr. Rabadán siempre puso todo de su parte para crear un ambiente amigable a su alrededor, lo que le valió el respeto y consideración de todos los estamentos de su Hospital.

Gran conversador, hablaba de muchos y variados temas pero no toleraba ataques a sus principios y creencias- Era una delicia escuchar sus numerosas historias con la gracia de su tono y su acento bético. Era un ejemplo, viviente y parlante, de aquella recomendación de Seneca, su paisano cordobés, cuando dijera:” Vive con los hombres como si Dios te mirase; habla con Dios como

si los hombres te oyese”. Y por ello, porque se sabía observado y escuchado desde las alturas, era el asidero al que agarrarse cuando una desgracia, una duda, un problema personal o familiar o una enfermedad nos afectaba. Era el medico de muchos, sin figurar en sus tarjetas sanitarias; el Consultor de segundas opiniones y muchas veces la persona decisiva para buscar el remedio o el consejo para los más diversos problemas.

Tenía un cupo de amigos que superaba con creces lo asistencialmente recomendable. Protector universal que se desvivía por buscar soluciones, facilitando contactos y muchas veces participando personalmente en conflictos familiares ajenos de los que solo un hombre excepcional con sus dotes negociadoras podría ser capaz. Si, vivió con los hombres bajo la atenta mirada de Dios. Y los hombres le escuchábamos pues su palabra era siempre agradable y conciliadora.

Esta forma de vivir y hablar, viviente y parlante, solo puede encuadrarse en el amplio concepto del Amor al prójimo, de ese Amor que, al atardecer de su vida, le habrá permitido superar sin dificultades el examen celestial.

Solía recordar con mucha frecuencia la frase de su padre “No hay hombre sin hombre”, queriendo decir que todo ser humano necesita recibir a lo largo de su vida el ejemplo, el apoyo o los consejos de sus semejantes, por lo que alcanzar una meta final suponía un deber de gratitud a muchos ...

Y así fue. Demostró permanentemente su agradecimiento a quienes fueran sus maestros, tanto profesionales como espirituales, y, en general, a quienes, modelaron su formación y comportamiento..

Entre estas personas siempre hizo especial referencia a sus padres, de los que aprendió el estímulo para el trabajo y la rigurosidad en el cumplimiento de las leyes (como buen hijo de Juez). Solía contar que en su familia le enseñaron a ocuparse de los demás, y quizás esta enseñanza tuviera mucho que ver con su vocación samaritana de médico. Como escribiera el Cardenal Robert Sarah, Prefecto de la Congregación del Culto Divino : “la familia es un espacio donde el hombre aprende a estar al servicio de la sociedad”. Y Pepe lo estuvo y, además y, como tantas veces repitiera, en su entorno familiar aprendió a ser un buen cristiano. Siempre recordaré su apasionada devoción, como sevillano de adopción, a la Macarena y a Jesús del Gran Poder, cuyas fotografías me hizo llegar y acompañaron mi estancia hospitalaria, imágenes que guardo con cariño y gratitud en mi alcoba y que todos los días me renuevan su recuerdo.

Hijo menor de una familia numerosa, desde muy temprana edad tuvo dos grandes aficiones: los Toros y la Cirugía. En sus juegos infantiles actuaba indistintamente de torero y de toro. Cuando el amigo torero simulaba ser herido él dejaba de ser toro para pasara ser el cirujano que lo intervenía... Este juego de niños, con el paso del tiempo, se hizo realidad. Obviamente no llegó a ser matador de toros sino Cirujano Taurino.

Su formación como médico se inició en la Facultad de Medicina de Barcelona, ciudad que, por entonces, años 60, reunía una bien merecida fama en materia de sanidad, con numerosos nombres de profesores y profesionales de prestigio nacional e internacional...

Siendo alumno del primer curso, allá por 1964 viajó a Pamplona para asistir a la IIª Asamblea de Alumnos de la Universidad de Navarra. En aquella ocasión tuvo el primer contacto con uno de los dos José Marías que habrían de influir en su vida y en su profesión. Se trataba de D. José María Escrivá de Balaguer, con quien volvería a reunirse en Sevilla, en 1972, siendo soldado médico de la Maestranza de Artillería. En uno de sus discursos, Rabadán comentó que el hecho de haberle conocido en vida, de haberle tratado y de haber sentido su cariño, fueron gracias de Dios de las que “algún día tendría que dar cuenta”. Efectivamente, Pepe Rabadán ha sido una de las personas que han podido estrechar la mano y recibir el abrazo fraterno de alguien predestinado para la santidad...

El segundo José María, al que debe sin duda sus conocimientos y practicas quirúrgicas, fue D. José María Beltrán de Heredia, catedrático de Cirugía, Académico y ulterior Presidente de esta Corporación, y cuyo escaño vacante a su fallecimiento fuera ocupado precisamente por su discípulo D. José Rabadán. Fue Alumno Interno de su Catedra y posteriormente medico agregado a su Servicio, Profesor de Clases Prácticas, Profesor Asociado y finalmente Profesor Titular de Cirugía, cargo este último al que accedió en 1998 encontrándose ya muy enfermo el Dr. Beltrán de Heredia pero que alegró los momentos finales de nuestro común maestro de Cirugía.

Con D. José María Beltrán de Heredia compartió asimismo aficiones taurinas, eso si, desde apreciaciones muy distintas de la tauromaquia como correspondía a un castellano paradigmático y a un cordobés enamorado de Sevilla. Pero en su Catedra, entre otras muchas y complejas técnicas quirúrgicas, aprendió a operar heridas por asta de toro, de las de verdad, no de aquellas simuladas de su etapa infantil.

Volviendo al primer José María, o mejor dicho, a San Josemaría Escrivá, repito hoy unas palabras tuyas que ya utilicé en el discurso de recepción del Dr. Rabadán el día de su ingreso como Académico Numerario. Decía San Josemaría:” Sabedlo bien: hay algo de santo, divino, escondido en las situaciones más comunes: en las fábricas, en el taller, en la Universidad, en el quirófano de un hospital...”. Me llamó mucho la atención esta percepción de “santo y divino” en el trabajo común de todos los días y especialmente en el que los cirujanos desempeñamos en nuestro puesto de trabajo que no es otro que un quirófano. Y en aquel discurso me preguntaba ¿Dónde se esconde la santidad, donde está lo divino, en una sala operatoria?. Y me aventuré a dar varias explicaciones: puede que pudiera tener algo de sublime la entrega y confianza de un hombre hacia otro; podría ser divina, casi rayana en lo milagroso, la capacidad y habilidad manual de un hombre para eliminar, reparar o sustituir un órgano dañado del enfermo por otro proveniente de un donante... Me faltó alguna otra explicación que solo el paso del tiempo me ha proporcionado. Efectivamente, Algo de santo y divino tiene la entrega del cirujano a su cometido sanador, cuando pone el corazón y el alma en cada intervención, convencido del carácter sublime de su trabajo.

Viéndole operar, dio respuesta y aclaró mis dudas convenciéndome de que “sí, claro que sí podía haber algo de santo y divino” escondido en un quirófano, especialmente cuando se ponen a prueba el alma y las coronarias para lograr el objetivo sanador, cosa que, por cierto, estoy convencido de que, al igual que él lo hizo, son muchos los cirujanos que también hoy lo hacen...

Pepe Rabadán fue un defensor del humanismo médico frente a la despersonalización de los sistemas sanitarios que “laboralizan” al cirujano. Nunca llamó a un enfermo “usuario”, ni asumió la exigencia de la “productividad” a costa de incrementar el número de intervenciones o de reducir las listas de espera como objetivo en detrimento de la calidad de su esfuerzo. Lo dejó escrito en numerosas ocasiones con frases como esta: “nunca como en nuestro tiempo se han pisoteado tanto los derechos humanos como excusa de un pseudoprogreso científico y material”. Siempre afirmó que le interesaban mucho más las estadísticas de curaciones que las del número de intervenciones realizadas. Lamentablemente conocemos y aireamos las segundas, las de los números, omitiendo las primeras, las de las calidades. Si hoy, en este Acto Institucional, recordamos al compañero de Academia, quizás sea oportuno recordar también su pensamiento.

La Santificación por el trabajo, el legado espiritual de San Josemaría Escrivá de Balaguer, fue seguido y practicado por el Dr. Rabadán durante toda

su vida profesional, dentro y fuera de su ambiente medico u hospitalario. Y estoy seguro de que ese sendero difícil, que a lo largo de su vida recorrió, habrá sido recompensado. Decía Lafontaine que “ningún camino de rosas conduce a la gloria”- En el camino de Pepe hubo muchas espinas de las que desprenderse para poder disfrutar del perfume del triunfo.

Y volvamos de nuevo al “otro” José María, a nuestro profesor y maestro el Dr. Beltrán de Heredia.

D. José María consideraba a sus discípulos como productos escogidos de lo que llamaba su “bodega quirúrgica”. Solía decir que un bodeguero “no fabricaba vinos sino que los criaba amorosamente” hasta conseguir la máxima calidad. Fuimos muchos, ausentes y presentes, los productos de su bodega. Quizás el ultimo fuera Pepe Rabadán, pero precisamente por ser el último fue también uno de los mejores y más queridos por el Maestro, con el que compartió no solo aficiones sino también vivencias personales y afectivas.

Fueron muchos años de labor en la Clínica Quirúrgica y numerosas sus publicaciones. Especialmente importantes fueron sus trabajos de investigación en el estudio de los tumores, consiguiendo demostrar el papel de ciertos metales, como el Zinc, Cromo, Cadmio, Níquel y Plomo en los tumores no solo digestivos sino también broncopulmonares, aspecto hasta entonces apenas investigado. Estas aportaciones fueron recogidas en su Tesis Doctoral titulada “Determinación de metales y marcadores tumorales en enfermos neoplásicos”, tesis dirigida conjuntamente por el Dr. Beltrán de Heredia y el Dr. Bustamante.

Durante su etapa hospitalaria compartió gran parte de sus tareas asistenciales con las Dras. De Andrés, Legido y Huidobro, con los Drs. Ferreras y Beltrán de Heredia, D. Juan y D. Pablo. Todos ellos habían sido Médicos formados a su vera y hoy desempeñan puestos de relevancia o de responsabilidad en diversos servicios y hospitales.

En su última etapa docente me consta disfrutó especialmente formando a las nuevas generaciones de residentes, a sus queridas alumnas las Dras. Moreno y Bedate, y al siempre inquieto pero futuro gran cirujano el Dr. Luis María Merino, quien por cierto se incorporaría posteriormente a nuestro Equipo Médico de la Plaza de Toros de Valladolid.

Otra faceta del Dr. Rabadán era la de su entusiasmo por la docencia. Le gustaba enseñar Cirugía, bien fuera ayudando y enseñando a operar a sus alumnos de postgrado o mediante sus clases teóricas de Patología Quirúrgica

en la Facultad de Medicina. Para mi considero que Pepe Rabadán ha sido el profesor de Cirugía que mejor ha explicado la complejidad de las heridas por Asta de Toro, tema especialmente querido, y que, de alguna forma, complementaba su afición al mundillo taurino.

Como reconocimiento a su valía, fue miembro destacado de la Asociación Española y del Colegio Internacional de Cirujanos y de las sociedades regionales de Cirugía de aparato digestivo. Asimismo, y como no podía ser menos, perteneció a la Sociedad Española de Cirugía Taurina, en la que fueron numerosas sus comunicaciones y aportaciones en forma de Charlas, Conferencias o Mesas Redondas sobre diversos aspectos de las heridas causadas por el cuerno del toro y su potencial para causar destrozos corporales o acabar con la vida de los heridos, lesiones que en nuestra Comunidad Autónoma son muy frecuentes por el gran número de festejos populares en los que se juega con el toro y la propia vida. Pepe sostenía que la formación especializada de los Cirujanos en Comunidades “taurinas”, como es la nuestra, se debería complementar con la presencia directa en estos festejos de los médicos en formación, mediante acuerdos de colaboración entre las empresas, hospitales de referencia y autoridades sanitarias.

Y hablando de Toros, afición tan querida de nuestro recordado Académico, comenzaré destacando el enorme conocimiento de la tauromaquia, en todos sus aspectos, del que hacía gala. En varias ocasiones he afirmado que Pepe Rabadán tenía el Cossío (Enciclopedia taurina por excelencia) en la cabeza. Pocas personas podían hablar de Joselito el Gallo, de Juan Belmonte, Curro Romero, Antonio Ordoñez... y de tantos históricos del toreo, con la suficiencia que él lo hacía. Los críticos y periodistas taurinos que le conocieron y trataron más estrechamente pueden dar testimonio de sus conocimientos... Manuel Illana, Santos García Catalán y Carlos Santoyo, entre otros, son nombres que siempre figuraron en el listado de sus grandes afectos... junto a los toreros de la tierra y sus familias, los Veterinarios de la Plaza y miembros del Cuerpo Nacional de Policía.

Pero aparte de aficionado y conocedor de la tauromaquia, era un gran profesional de la Cirugía Taurina.

Son para mi inolvidables los muchos años que pasamos tras el burladero de médicos de la Plaza de Toros de Valladolid. Quizás sea este un buen momento para agradecer al empresario taurino D. Angel Gallego y a su familia, la aceptación de mi propuesta para incorporarlo en 1984 al equipo de la Enfermería y por el apoyo, afecto y cariño que desde entonces nos han demostrado y todavía demuestran.

Desde el burladero Pepe disfrutaba de su afición y aportó su experiencia para colaborar en la resolución de las numerosas lesiones que tuvimos que afrontar a lo largo de tantos años de convivencia. Sería muy largo describirles ahora las anécdotas, vivencias, preocupaciones y resultados de nuestro trabajo. En la enfermería de la Plaza han quedado expuestas en numerosas fotografías y en un diario de incidencias que personalmente cumplimentaba relatando el percance y las maniobras medicoquirúrgicas llevadas a cabo con cada herido.

El Pepe Rabadán Cirujano Taurino también fue un humanista de la Tauromaquia. Defendía la necesidad de equipos preparados en las enfermerías de España para dotar a la asistencia a los heridos de la máxima eficacia, pensando siempre en la persona y sus circunstancias. En esta Real Academia, y en una de sus Sesiones Científicas, afirmaba que el éxito de la Cirugía Taurina “no era solo reparar las lesiones del herido sino procurar tener dispuesto antes del festejo, todo el material y personal necesario, para no tener que utilizarlo”.

Han sido 37 años de colaboración en esta actividad, contemplada en nuestro ordenamiento institucional como Patrimonio Cultural Inmaterial y como tal, con un aspecto humanístico asistencial que no puede ser obviado y que poco a poco va mejorando. Los toreros han perdido a uno de “sus ángeles custodios”, a un ángel que también alcanzó la gloria saliendo por la Puerta Grande de la vida.

Y hablemos de su paso por esta Academia, porque nosotros, los miembros de esta Corporación, hemos perdido a un compañero pero la Real Academia, como entidad, a uno de sus más distinguidos integrantes.

El Dr. Rabadán, ingresó como Académico Corresponsal en la Real Academia de Medicina en 1994. El consideraba a esta entidad como una prolongación de su actividad hospitalaria y del cuerpo docente de la universidad. Pensaba que si uno “no tiene donde exponer sus logros, estos carecían de valor”.

Fue elegido por unanimidad Académico de Número y formalizó su ingreso en un Acto Solemne celebrado el 27 de Febrero de 2004, aproximadamente 10 años después de su ingreso como corresponsal.

Me cupo el Honor de hacerle aquel día el discurso de recepción y bienvenida, discurso impregnado de ilusiones y alegría. ¡Que distinto del de hoy, de recuerdo y despedida, impregnado de tristeza...!

El tema elegido para su discurso de ingreso fue “Humanismo y cirugía: Grandeza y servidumbre de una profesión”. Siempre me llamó la atención que, en un día tan importante y pudiendo disertar sobre diversos aspectos de su práctica diaria, optara por un tema comprometido expuesto con la vehemencia que le caracterizaba y con el que pretendió dar aldabonazos en las conciencias de los cirujanos para que abrieran sus corazones a la realidad del hombre enfermo. El Dr. Rabadán insistió en recordar que un cirujano “debe parase al lado del paciente, sin prisas, sin pasar de largo, Debe ser sensible y conmovirse con la situación física y anímica de sus pacientes para, posteriormente, pasar a la acción y ayudar con sus propias manos”.

En una parte aquel discurso y aludiendo a las Instituciones sanitarias afirmaba: “Las instituciones son muy importantes, e incluso indispensables en nuestro modelo asistencial, pero ninguna puede sustituir al corazón humano o a la compasión cuando se trata de salir al encuentro del sufrimiento ajeno”. Ante la socialización médica y la vulgarización del Acto Médico, acto que, no lo olvidemos, consiste en que un hombre pida ayuda a otro para buscar su curación, lamentaba que esta relación “médico/paciente” no fuera muchas veces vivida como realmente debiera ser. Para Pepe el Acto Médico era “un encuentro personal entre dos hombres llamados a entenderse”, relación de gran trascendencia puesto que requiere la confianza plena del enfermo hacia la persona que va a intentar curarle. Que triste es poder comprobar que todavía hoy algunos pacientes pasan por un quirófano sin conocer el nombre del médico que les operó!.

Desde su discurso nos recomendaba formar Cirujanos no solo técnicamente sino modelando su conciencia, sin duda porque él así lo hizo a lo largo de su trayectoria profesional, convencido de que el trato humanizado hacia el paciente, la explicación del problema y de sus soluciones, las muestras de afecto o comprensión harían que los enfermos nunca olvidasen el nombre de quien restableciera su salud.

Otro importante discurso del Dr. Rabadán fue el pronunciado el 24 de Enero de 2014 con motivo de la Inauguración del Curso Académico y titulado “Errores Médicos: su valoración ética y su prevención” un tema muy querido por cuanto en aquellas fechas formaba parte de la Comisión Deontológica y de ética Médica del Ilustre Colegio oficial de médicos de Valladolid.

A lo largo de su disertación trató de clasificar los tipos de errores médicos, su valoración ética, los aspectos relativos a la seguridad del paciente, la manera de “evitar los errores inevitables” formulando unas interesantes consideraciones sobre la “cultura del aprovechamiento del error médico” para

obtener incentivos económicos. Rabadán pensaba que debían incrementarse las lecciones de Ética Médica impartidas por la asignatura de Medicina Legal, para que los alumnos sepan la trascendencia que puede tener el error, la manera de evitarlo y su posible defensa jurídica. En todo caso insistió en que la humanización asistencial puede evitar muchos litigios porque exponer la realidad de cada caso, con sus riesgos y complicaciones crea siempre una relación afectiva poco proclive a la denuncia. Concluía su trabajo con la frase de San Juan “la verdad os hará libres”, por lo que aconsejaba revestir todos los actos médicos con la verdad para que se tomen más humanos y, por ello, más útiles al hombre y a la sociedad.

En Junio de 2011 hizo la presentación del Libro titulado “Homenaje de amistad”, dedicado a la memoria del Académico Dr. Fernández de la Gándara, libro en el que varios de los miembros de aquella “bodega quirúrgica” del profesor Beltrán de Heredia elaboramos trabajos especialmente para esta publicación. Pepe escribió el prólogo y publicó un extenso estudio en colaboración, sobre la “calidad de vida del paciente trasplantado renal”. Y como podrán suponer no podía faltar su Capítulo sobre la Fiesta de los Toros y la Cirugía Taurina en el que se describiera detalladamente el tipo de heridas y las normas generales de su tratamiento.

En varias ocasiones fue elegido para efectuar los discursos de recepción de nuevos académicos corresponsales con motivo de la primera lectura de sus Comunicaciones. De entre ellos destaco los del Dr. Crespo Brunet, que en su primera lectura hizo un análisis crítico de los diversos materiales para la reparación de hernias abdominales, tema muy querido por el Ponente, y de gran interés práctico y técnico, trabajo que el Dr. Rabadán elogió destacando la preparación de nuestro compañero palentino y su gran experiencia en el tratamiento de estas complicaciones de la cirugía abdominal.

En Noviembre de 2009 contestó al primer discurso de la recién nombrada Académico Corresponsal, la doctora Patricia Legido titulado “Unidades multidisciplinarias de patología mamaria: ¿son necesarias?” , tema que la propia realidad ha resuelto pues hemos asistido a la creación y puesta en funcionamiento de una Unidad de este tipo en el Hospital Clínico, unidad que precisamente está a cargo de la Dra. Legido. Para el Dr. Rabadán, fue este uno de los momentos en los que más sintió el orgullo de pertenecer a la Academia, pues poder co-protagonizar actos tan entrañables con discípulos tan queridos, eran también para él “un don divino del que habría de dar cuenta”

En Noviembre de 2011, pronunció el discurso de recepción, también como Corresponsal, de la Dra. Beatriz de Andrés, experta cirujano formada

en su grupo, y que siguiera los pasos de su padre el querido compañero el Dr. Ángel de Andrés. A su discurso titulado “Avances en el tratamiento de las hernias inguinales desde el siglo XIX” el Dr. Rabadán respondió con una importante disertación sobre las técnicas sin tensión, modalidad de tratamiento que ha mejorado notablemente el postoperatorio de los enfermos. Asimismo, aprovechó la tribuna para elogiar los méritos de la nueva Académico y de su saga familiar expresando su gratitud personal por las enseñanzas recibidas de su padre.

En 2017 llevó a cabo el discurso de laudatio y contestación con motivo del Ingreso como Académico de Número, de la Dra. Mercedes Martínez León quien eligió para tan importante Acto, un tema de actualidad titulado: “Antropología de la Violencia de Género en la Medicina Legal”. En su discurso de contestación analizó y pormenorizó los importantes méritos profesionales y científicos que justificaban sobradamente el nombramiento y recordó vivencias comunes en la etapa en la que ambos trabajaron en el Comité de Ética y deontología del Colegio de Médicos. En sus palabras, en modo alguno protocolarias, se pudo apreciar el profundo afecto y consideración hacia la nueva Académico y su familia. En la intervención de esta tarde que acabamos de escuchar, han podido comprobar la respuesta entrañable y admirativa de la Dra. Martínez León hacia la figura y pensamiento de quien la recibiera hace 4 años en esta Real Academia.

En relación con el Acto de Ingreso de la Dra. Martínez León, al que me acabo de referir y también en 2017, en sesión necrológica como esta de hoy, compartimos la dolorosa tarea de efectuar el discurso “In memoriam” del Dr. Pelegrín Martínez Baza, Padre de nuestra ya compañera de Corporación. Solo por unos pocos meses no pudo experimentar la enorme satisfacción de ver distinguida con tan gran honor a su hija... Las palabras de Rabadán, sus primeras palabras de aquel sentido discurso, fueron éstas: “La tarea autentica del hombre de pensamiento es pensar, retraerse a las soledades de si mismo y sentir el latido de las propias ideas, tratando de iluminar su existencia con nuevos contenidos fecundos y verdaderos”. Con estas frases pretendió sintetizar la vida y obra del Profesor de Medicina Legal fallecido, destacando su capacidad de discurrir, publicar, investigar y aportar resultados novedosos en el importante campo de la medicina forense.

También en 2017 hizo la presentación de la Dra. María Leal Paraíso, Medico y religiosa de la orden de las Carmelitas de la Caridad, e incluso leyó su Comunicación por ausencia obligada de la Ponente. Trató el siempre novedoso e interesante tema de las enfermedades emergentes: Dengue,

Chycunguniza y Zika, de los que la Dra. Leal era una auténtica experta en base a su propia formación y experiencia misional en el Congo, Haití y Colombia.

De forma análoga, y en el mismo año, hizo la presentación de la Mesa Redonda sobre bioética desarrollada por el “Grupo Deontos”, asociación, entre cuyas finalidades fundacionales se encuentra la defensa de la vida humana desde su concepción hasta su ocaso. En aquella Mesa Redonda se trataron temas tan novedosos y aleccionadores como “La Compasión como corazón de la Medicina”, o el “Estatuto biológico del embrión humano antes de su implantación”. En palabras del propio Rabadán en la presentación del Acto, “Apostar por la vida es la mejor manera de contribuir a que nuestro mundo sea mejor porque así será un mundo más humano”.

El 5 de marzo de 2020, en la que fuera su última intervención en esta Academia, contestó en una sesión para él especialmente emocionante, a los primeros trabajos de sus discípulas y recientemente nombradas Académicas Corresponsales, las Dras. María Bedate y Francisca Moreno. El primero, el de la Dra. Bedate, sobre la “Importancia de los parámetros clínico-analíticos de la sepsis grave en la uropatía obstructiva”.

El segundo, el de la Dra. Moreno sobre la “Valoración inmunológica como factor pronóstico en el diagnóstico de la infección intrabdominal tras la cirugía del cáncer de colon”.

En este discurso de contestación a dos de sus más queridas alumnas, afloró todo el sentimiento de cariño, admiración y deseos de un futuro brillante hacia ellas, deseos que se cumplieron pues la Dra. Bedate ha destacado como Médico Urólogo especialmente en temas de trasplante renal, y la Dra. Moreno ya ocupa un puesto de Cirujano General en la Sanidad Pública.

Y para finalizar con sus actividades académicas, citaré también sus importantes aportaciones a las Cuatro Mesas Redondas sobre Cirugía Taurina, que organizamos a partir del 2001. Con estas sesiones creamos un precedente al ser ésta la primera institución académica nacional que llevara a sus Actos científicos las peculiaridades de esta modalidad de traumatismo como es el provocado por el cuerno del Toro. Con Pepe Rabadán, fuimos pioneros en esta actividad, que posteriormente también tuvo su sitio en la Real Academia Nacional de Medicina en Madrid.

En estas sesiones, el Dr. Rabadán disfrutaba de una manera especial. Se hablaba de las heridas, de cómo repararlas, de sus complicaciones inmediatas y tardías. Se hablaba de Toros, afición que desde niño había sentido y

desarrollado. Precisamente en una de sus aportaciones a la mesa celebrada en 2001 planteaba el siguiente dilema: El Cirujano taurino: ¿es un médico aficionado o es un aficionado médico? Pepe defendía que no se puede ser Cirujano Taurino sin ser antes un aficionado, un gran aficionado que además pone su orgullosamente su condición de médico, su ciencia y su experiencia, al servicio de la Tauromaquia.

En 2012 y en otra sesión de Cirugía Taurina hizo la ponencia titulada “Comentarios en torno a la fiesta brava, a propósito de nuestra estadística”, aportación en la que detalló las incidencias y lesiones registradas en la Plaza de Toros de Valladolid, detallando lo acontecido en los 96 pacientes que precisaron asistencia de urgencia en la enfermería, de los que 87 fueron lidiadores y 9 espectadores.

Sí, en estos salones se habló de toros, pero solamente de las lesiones que en este espectáculo (“El más culto del mundo” según García Lorca) pudieran producirse, porque se trata de una actividad cultural, en la que, como dijera en esta Academia el Torero y Académico D. Enrique Ponce, se aúnan el Arte, la Técnica y el Riesgo.

Conjuntamente recibimos en dos ocasiones Premios y distinciones de la Sociedad Española de Cirugía Taurina, el último de los cuales, el Premio “Crespo Neches” en el año 2015 en Guadalajara con la presencia en el congreso del torero Iván Fandiño, que poco después recibiría una comada mortal en Francia.

La Tauromaquia es un Patrimonio Cultural Inmaterial del Reino de España, y por ello, (conviene recordarlo) las autoridades locales, regionales y nacionales están “obligadas” a su difusión, desarrollo, mantenimiento y cuidado. No podría haber concluido este discurso sin mencionar esta característica, sabiendo que Pepe Rabadán nunca me perdonaría no haberlo hecho.

Comenzaba esta semblanza comentando que la amistad fue el principal atributo, por encima de otros, con el que Pepe Rabadán me distinguiera. Ser uno de sus amigos, recibir los cuidados de sus manos y escuchar sus consejos fue también para mí (y utilizo nuevamente sus propias palabras...) “un don divino del que deberé algún día rendir cuenta”.

El Dr. José Rabadán fue un paradigma viviente de la bondad, bondad que emanaba hacia el exterior en todos sus actos. En sus últimos meses, comenzó a beber una parte del cáliz del sufrimiento, pasando por un infarto y una trombosis cerebral, afortunadamente resueltos gracias a las nuevas

tecnologías cardio y neurológicas y la pericia y buen hacer de nuestros compañeros. Pasó el coronavirus con severidad requiriendo ingreso hospitalario, y sufrió sin lamentarse su proceso neoplásico final soportando tratamientos muy duros que sin duda mermaron su capacidad de encaje, pero nunca perdió la realidad de su destino. Pocos días antes de su muerte fui a visitarle y me habló de la resurrección de Lázaro, muy presente en sus últimos sueños y que él relataba en primera persona. Hablaba de la resurrección, pero me temo que no se refería a la de su vida terrenal... Y terminó de beber su cáliz dispuesto a emprender su marcha.

Podríamos decir muchas cosas más del Dr. Rabadán, pero quizás fuera superfluo o recargado en exceso. Voltaire afirmaba que “el secreto para aburrir a la gente consiste en decirlo todo.” Y no desearía que tal hecho sucediera. Entre otras cosas porque decirlo todo sobre el Dr. Rabadán sería demasiado largo, aunque no menos apasionante.

Me resta expresar el profundo sentimiento de la Junta de Gobierno y Académicos de esta Corporación, por la pérdida de este gran hombre y mejor persona que fuera el Dr. Rabadán, sentimiento corporativo al que sumo el de mi esposa y el de mis hijos por cuanto significara para nuestra familia. Tristeza y añoranza eterna por su ausencia en nuestras futuras sesiones y en el entorno de tantas familias en las que siempre era cariñosamente recibido. Nuestro sincero dolor lo hacemos extensivo a su hermana, sobrinos y demás familia, a sus numerosos amigos, a sus compañeros de servicio hospitalario, a los Miembros de la Obra de Dios, a la Facultad de Medicina, al mundillo taurino local y a cuantos recibieron el trabajo de sus manos o el consuelo de sus palabras,

A todos nos quedará el eterno bálsamo de su recuerdo.

Y hablando de recuerdos, y para poner el punto final de este discurso, vuelvo a las coplas de Jorge Manrique, recitando su último verso:

“Así con tal entender, todos sentidos humanos
dió el alma a Quien se la dió,
El cual la ponga en el cielo
y en su gloria,
y aunque la vida murió, nos dejó harto consuelo su memoria”.